

Kovacsics, Adan, *Guerra y lenguaje*, Barcelona, Acantilado, 2007, 160 páginas.

Por Emiliano Gastón Sánchez (Conicet/UNTREF/UBA)

En las últimas décadas, la renovación de la historiografía europea dedicada a la Gran Guerra ha desplazado el foco de las investigaciones al plano cultural e intelectual, dejando atrás los viejos dominios de la historia política, las relaciones internacionales y la historia económica-social. Uno de los tópicos más transitados de esta nueva historia cultural de la Gran Guerra ha sido el papel de los intelectuales y artistas frente a la contienda y sus diversas contribuciones para el desarrollo de las “culturas de guerra” nacionales, entendidas como corpus de representaciones del conflicto que, presentados de manera sistemática y cristalizada, contribuían al esfuerzo de la nación en la guerra mediante la movilización cultural.

Este ensayo de Adan Kovacsics se centra en el papel desempeñado por los intelectuales del Imperio Austro-Húngaro durante la Primera Guerra Mundial. Nacido en Santiago de Chile en 1953, el autor vivió en la ciudad de Viena entre 1967 y 1980, donde estudió Filología Románica y Filosofía y es hoy uno de los más eximios traductores al habla hispana de literatura húngara y austríaca.

En la primera década del siglo XX, Viena constituía una de las metrópolis culturales más importantes de Occidente, albergando un febril dinamismo cultural.

La primera parte del ensayo se aboca a reconstruir las diferentes posturas frente a la capacidad del lenguaje de representar el mundo en ese epicentro de la modernidad que fue la Viena del ‘900. Están los que dudan respecto de la palabra, como Hugo von Hofmannsthal, pero hay también



partidarios de un cuestionamiento más radical a la capacidad del lenguaje para representar lo real, como los filósofos Ernst Mach y Fritz Mauthner. Kovacsics muestra las sutiles interconexiones de ésta crítica y su presencia en intelectuales de todo el arco político e ideológico como Gustav Landauer, activo participante de la república de los consejos bávara de 1919, como así también en los manifiestos de Hugo Ball, unos de los fundadores del dadaísmo en la ciudad refugio de Zúrich durante la Gran Guerra. Existe también una visión del lenguaje que lo señala como uno de los responsables del desencadenamiento de la guerra, a través de la prensa y de los manifiestos prebélicos, que está presente en la obra de Karl Kraus y Robert Musil, cuyas preocupaciones sobre la lengua corrompida Kovacsics relaciona con las reflexiones motivadas por la Segunda Guerra Mundial en Ingeborg Bachmann y Paul Celan.

La segunda parte del ensayo está dedicada a analizar los diversos posicionamientos de los intelectuales frente a la Gran Guerra. Algunos pocos prefirieron el silencio, no por complicidad sino en busca de un distanciamiento, como Walter Benjamin y el ya mencionado Karl Kraus. Y, según el autor, no es mera casualidad que ambos iniciaran por entonces sus meditaciones sobre la lengua y sus implicancias en la contienda, partiendo de la premisa de que la catástrofe de la guerra es también una catástrofe de la palabra y rechazando la instrumentación del lenguaje. Y la Gran Guerra será también el escenario para la elaboración de una de las obras más relevantes del siglo XX sobre los límites del lenguaje: el *Tractatus lógico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein, por entonces soldado voluntario en el ejército austríaco.

Sin embargo, estos constituyen casos más bien excepcionales pues la gran mayoría de los intelectuales optó por sumar su apoyo al esfuerzo bélico de la doble monarquía. El fervor creativo que desata el inicio de la guerra y que se traduce en los miles de poemas dedicados a ensalzar a los



soldados que marchaban al frente es progresivamente centralizado a través de dos instituciones: el Grupo Literario del Archivo de Prensa y Cuartel de la Prensa de Guerra. Por ambos pasaron, entre otros, Rainer Maria Rilke, Franz Theodor Csokor, Hans Müller, Alfred Polgar, Felix Salten, Géza Silberer y Stefan Zweig. Allí prestaban su pluma para las más diversas actividades: propaganda, difusión de hazañas militares, reforzamiento de la moral de la población y los soldados, construcción de mitos y lo que en la jerga llamaban “peinar a los héroes”, es decir, trazar grandes semblanzas de combatientes anónimos caracterizados por su heroísmo y compromiso que eran leídas en las ceremonias de condecoración. Aunque la función más destacada era por lejos la elaboración de descripciones de las batallas destinadas al servicio de prensa cuyo papel es analizado por Kovacsics junto al de los corresponsales de guerra Alexander Roda Roda y Alice Schalek, en cuyos escritos constata la militarización del lenguaje y la estetización de la guerra.

Sin dudas, Adan Kovacsics es un gran conocedor la cultura mitteleuropea y en este libro lo ratifica, combinando elementos narrativos con el ensayo y la historia para reconstruir el impacto de la modernidad sobre el lenguaje y el papel de los intelectuales y la prensa en el primer conflicto industrial del siglo XX: la Gran Guerra.

